

JESÚS GARCIA-LUENGOS

Marruecos: la difícil articulación del proceso democrático

La llegada al trono de Mohamed VI, en julio de 1999, despertó importantes esperanzas democráticas que pronto se transformaron en decepciones por falta de auténticas reformas, lastradas por el omnipresente poder del Majzén (aparato que dirige el Estado conformado por la propia monarquía, el Gobierno, el ejército y una extensa burocracia). El respaldo islamista de una población marginada, la obsolescencia de los partidos políticos y un régimen plagado de elites inmovilistas, conducen de nuevo todas las miradas hacia el centro neurálgico del sistema: una monarquía de corte califal que concentra el poder religioso y político bajo un manto constituyente.

Los atentados del pasado 16 de mayo representan un punto de inflexión en Marruecos, derivado de un contexto social candente y de un complejo panorama político.¹ Entre los principales retos políticos de Marruecos destacan la necesidad de paliar las enormes desigualdades sociales, reformar el sistema educativo, dotar de credibilidad a la justicia e incorporar decididamente a la mujer en el desarrollo, todo ello en un marco de progresiva liberalización.

Las elecciones municipales de septiembre de 2003, y la posterior reforma del estatuto personal de la mujer (*mudawana*), son dos eventos especialmente relevantes, y representan un punto de partida para reubicar a los diferentes actores políticos y sociales y su papel en el futuro del país.

Jesús García-Luengos es abogado y colaborador del Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (IECAH)

¹ El 16 de mayo de 2003, una serie de atentados suicidas casi simultáneos en Casablanca causó la muerte de 44 personas, entre ellas cuatro españoles.

Las elecciones municipales o el juego de los intereses privados

La consabida desmotivación política del electorado marroquí ha alcanzado en los últimos comicios de septiembre una participación del 54%, 21 puntos por debajo de los últimos municipales.² El régimen ha producido estragos en la cultura democrática de una gran parte de la población, a lo que se suma la vacuidad absoluta de los programas políticos y su sospechosa semejanza, a excepción del islamista Partido Justicia y Desarrollo (PJD).³ Nociones como representación o buen gobierno siguen siendo un eslogan publicitario. En clara regresión respecto a las legislativas, las candidaturas femeninas sólo alcanzaron el 5%.⁴

El Estado, por su parte, diseñó unas elecciones “consensuadas” en las que los islamistas del PJD únicamente presentaron el 3% de las candidaturas en el 18% de las circunscripciones.⁵ También desaparecieron de las listas personajes del narcotráfico y de las mafias de la emigración.

Han sido unas elecciones en las que las virulentas luchas en el seno de los partidos por las cabezas de lista, las inefables coaliciones,⁶ y un mayor refinamiento del proverbial transfugismo,⁷ han elevado el desprestigio de la clase política a cotas históricas. El partido más afectado ha sido la Unión Socialista de Fuerzas Populares (USFP), que ha perdido la alcaldía de las cinco grandes ciudades, incluido su feudo histórico de Rabat, y cuyo fracaso ha desembocado en la dimisión de su secretario general, Abderramán Yūsufi.⁸ La crisis de este partido es sintomática del espectro político instalado en una gerontocracia encabezada por sus imperturbables *zaims* (líderes), que impide el relevo generacional y que también afecta a los sindicatos.⁹

² El 80,2% de los marroquíes no se sentían próximos a ningún partido político, según un sondeo de 1998 de Léger&Léger. Otro sondeo de la asociación Maroc 2020, de finales de 2001, eleva el dato anterior al 87,6%.

³ Los datos recabados por el semanario *Tel Quel*, 19 de septiembre de 2003, Nº93, sobre una encuesta del National Democratic Institute de EEUU en relación con una franja de población entre 25 y 54 años y con una renta mensual inferior a 2.500 dirhams (aproximadamente 250 euros), señalan el desconocimiento por parte de la mayoría de los encuestados de la noción de democracia y la falta de relación de las elecciones con principios fundamentales como la libertad de expresión.

⁴ En las últimas elecciones, 127 mujeres han resultado elegidas frente a 22.816 hombres. *L'économiste*, en: www.leconomiste.com

⁵ Mohamed Sassi, “Elections consensuelles”, *Le Journal*, 6 de octubre de 2002.

⁶ Como ejemplo, la coalición del PJD y la Unión Socialista de Fuerzas Populares (USFP) permitió al candidato de la Unión Constitucional (UC), de derechas, preservar la alcaldía de Marraquech, en detrimento del candidato del Partido Istiqlal.

⁷ Una lista del USFP acogió a tránsugas del Movimiento Democrático y Social (MDS), partido del ex-comisario Mahmud Archan, que ha presumido en público de haber torturado a los opositores al régimen.

⁸ Crisis de largo recorrido que tuvo su particular referente en la deserción de su componente sindical y de las juventudes socialistas en marzo de 2002, durante el primer congreso que se celebraba después de 10 años.

⁹ Mohamed Tozy señala la alternancia de las generaciones como el principal problema que conforma el horizonte político de las elites en Marruecos. Mohamed Tozy, “Réformes politiques et transition démocratique”, *Monde Arabe Maghreb Machrek*, abril-junio 1999, Nº164, p. 67.

De nuevo, el auténtico ganador ha sido el PJD, con quien no han tenido inconveniente en pactar formaciones políticas que les acusaron de ser los responsables morales de los atentados del 16 de mayo. Su eximia participación le lleva a una enésima posición en el cómputo global (593 concejalías de 23.689); ocupando respectivamente el Partido Istiqlal (PI) y USFP la primera y segunda plaza. Sin embargo, su gran fuerza política lo convierte en la lista más votada en ciudades como Tetuán, Kenitra y Meknes, obteniendo en esta última la alcaldía. Ausente en sus feudos de Tánger y Agadir, el PJD ganó sobradamente en las ocho circunscripciones, de dieciséis, en las que se presentó en Casablanca, con sólo una concejalía menos que el USFP y dos que el Partido Istiqlal.

La actual debacle tiene a su vez su explicación en los fundamentos de un sistema arcaico de producción y reproducción de notables, que se pertrechan detrás de las posiciones adquiridas y que se aprovechan de los instrumentos legales para aumentar su riqueza e influencia.¹⁰ Se trata de un sistema de poder que ha creado partidos en su propio interés y ha controlado los procesos electorales. La utilización de este tipo de recursos en contra del progreso democrático pasa en la actualidad a segundo plano ante el comportamiento de la clase política, cuyo espectro, con 36 partidos en liza, está totalmente fragmentado. Esta situación ha llevado a algunos analistas a certificar el fin de las ilusiones democráticas que tomaron forma en 1998 con la alternancia “consensual” decretada por Hasan II.

La reforma de la *mudawana*

Un mes después de las elecciones municipales, Mohamed VI pronunció un discurso histórico ante el Parlamento en el que anunciaba la reforma del estatuto personal de la mujer, avalando así el mayor logro de la sociedad civil actual, que tuvo su última etapa en una extraordinaria movilización femenina durante los últimos tres años. La anunciada reforma lleva la etiqueta de una auténtica revolución social,¹¹ pero su eficacia dependerá de la actuación de los futuros jueces de familia y de cómo se incorpore en los programas de los diferentes actores sociales.¹² Este discurso real llega en un momento determinante para Marruecos, después de que los

*En
Marruecos
existe un
sistema de
poder que ha
creado
partidos en su
propio interés
y ha
controlado
los procesos
electorales*

¹⁰ En 1976, la descentralización establecida por la ley municipal (*Charte Communale*) fue el punto de partida del denominado sistema Basri, antiguo Ministro del Interior que parceló el territorio en feudos de poder controlados por sus agentes y representantes locales. La ley municipal de 2002 refuerza las prerrogativas de los presidentes de las Comunas.

¹¹ El proyecto de ley de la *mudawana* establece la igualdad en la pareja, condiciona drásticamente el repudio y la poligamia, aumenta la edad legal matrimonial de la mujer y mejora sustancialmente en su favor otros aspectos como la tutela de los hijos, entre otras disposiciones.

¹² Jesús García-Luengos. “La igualdad de la mujer en Marruecos”, 3 de noviembre de 2003, en: www.iecah.org

atentados del 16 de mayo dieran paso a un reforzamiento de la política represiva del régimen, y puede encerrar ciertas claves de gobierno para el futuro.¹³

La primera de ellas es la utilización por parte de Mohamed VI, por primera vez en el reino alauita, de la figura de Comendador de los Creyentes (*Amir al muminim*) en aras de una modernización social. El rey ha hilvanado en su discurso las referencias a la *sharia* (ley islámica) y al esfuerzo de interpretación que caracteriza a la *ijtihad* (literalmente, “el esfuerzo del propio juicio” con la finalidad de renovar y actualizar los preceptos del islam), declarando esta última como plenamente válida para Marruecos en su imparable proceso de modernización. Los islamistas, que bloquearon la reforma en 2000, pero que ahora se encuentran en fase de reajuste tras los atentados, no han objetado nada. La segunda referencia la constituye la “desacralización” (en una nueva paradoja del universo político marroquí) de la citada reforma, al trasladar el rey al Parlamento la aprobación del futuro código de familia, reubicándola en el recinto formalmente depositario de la soberanía popular.

Lo anterior viene a confirmar que, mientras no se vislumbren tiempos mejores, el liderazgo del monarca-*Amir al muminim* es la única vía factible de progreso para Marruecos, con todo lo que implica de regresión para un proyecto de construcción democrática en un contexto de liberalización renqueante. La evocación, después del 16 de mayo, de un experto como Remy Léveau sobre la posible tutela de la monarquía para sacar adelante el país, es la constatación realista de un sistema político de esencia autárquica, con unos partidos políticos desarticulados y un *Majzén* retrógrado.

El evidente coste democrático de esta opción tuvo un claro reflejo en el discurso de la Fiesta del Trono del pasado mes de julio, en el que el rey instó a la promulgación de una ley de partidos que impida la constitución de formaciones sobre bases religiosas, étnicas, lingüísticas o regionales, y reafirmó de forma contundente su condición de Comendador de los Creyentes, de lo cual se infiere que sigue estando relegada *ad calendas grecas* una reforma constitucional. Esta reforma debería forjar una auténtica separación de poderes y eliminar el control que ejerce la Cámara de los Consejeros sobre la Cámara de los Representantes. La actual Constitución, reformada en 1996 y sede de unas reglas del juego pervertidas, no se traduce en un cumplimiento efectivo de ninguna de las dos funciones básicas de una carta magna, como son las de justicia y seguridad jurídica, pese a consagrar desde 1972 una monarquía constitucional, democrática y social.¹⁴

En vista de un futuro todavía más cargado de instrumentalización religiosa, en la que los partidos políticos, excepto los islamistas, han estado siempre incómodos, el monarca ha resuelto intervenir en el Ministerio de Habbous y Asuntos

¹³ Unas 850 personas han sido condenadas, 16 de ellas a pena de muerte, desde el 16 de mayo pasado. Los informes de la Asociación Marroquí de Derechos Humanos (AMDH), la Federación Internacional de Derechos Humanos (FIDH) y Amnistía Internacional, de noviembre de 2003, dan buena cuenta de las prácticas represivas.

¹⁴ Juan Montabes Pereira, “Las otras elecciones. Los procesos y sistemas electorales en el Magreb”, *Ediciones Mundo Arabe e Islam*, 1999, p. 109.

Religiosos.¹⁵ La reforma, cuyo objetivo es modernizar el consejo de los ulemas, imponer criterios rigurosos para la elección de los imames e intentar ejercer un mayor control sobre las mezquitas, quizá contribuya al necesario surgimiento de ulemas capaces de apuntalar una *ijtihad* orientada hacia la modernización social.

El desafío islamista

El régimen marroquí, que hasta el momento ha utilizado la amenaza islamista para justificar la ausencia de reformas, se encuentra en la tesitura de tener que arbitrar fórmulas de incorporación política adecuadas que favorezcan progresivamente una mayor apertura democrática. El reto se complica en un contexto internacional poco favorable al islamismo político y que después del 11 de septiembre de 2001 se traduce en un respaldo occidental a las políticas de seguridad de regímenes como el de Marruecos.¹⁶

En cuanto a las credenciales democráticas exigibles, los islamistas del PJD parecen haber evolucionado favorablemente y se definen como un movimiento democrático ceñido de valores islámicos.¹⁷ Los miembros del PJD han demostrado sobradamente su capacidad para ajustarse a las circunstancias y ser pacientes, con un gran sentido de la comunicación y buenas artes políticas. Por su parte, la asociación Al- Adl wal-Ihssane (Justicia y Caridad) del jeque Yasín, principal fuerza islamista en Marruecos, presenta un currículum de escasa urdimbre democrática y cuestiona directamente la legitimidad del sistema presidido por el *Amir al muminim*.

Mientras tanto, hay suficientes indicios de una progresiva extensión del islamismo, cuyo discurso, como señala Mohamed Tozy, está alcanzando a una nueva clientela en las ciudades, más próxima a la clase media.¹⁸ Las elecciones en ámbitos profesionales y sindicales también parecen confirmar, pese a los resultados modestos de los islamistas, que su influencia (considerable en sectores como el de la enseñanza y la sanidad) se extiende progresivamente a través de una red de relaciones sociales en sindicatos, organizaciones sociales y asociaciones caritativas.¹⁹ Van cumpliendo su objetivo de islamizar poco a poco a la sociedad, relegando a un segundo plano la consecución del poder político.

El régimen y su política

En un principio, las decisiones del monarca y su entorno, conformado en parte por antiguos compañeros, fueron seguidas muy de cerca tanto dentro como fuera de

¹⁵ Mohamed Tozy, "Monarchie et Islam politique au Maroc", *Presses de Sciences Po*, 1999.

¹⁶ Francesco Cavatorta, "L' échec de la transition démocratique au Maroc", *Le Journal*, 6 de octubre de 2003.

¹⁷ Mohamed Tozy, *op. cit.*, p. 248.

¹⁸ José Garçon, "Mohamed VI tenté d' intégrer davantage les modérés", *Libération*, 10 de noviembre de 2003.

¹⁹ *Tel Quel*, 24 de octubre de 2003, N° 98.

Marruecos. La destitución del ministro del Interior Driss Basri, las gestiones del Sáhara,²⁰ el retorno de exiliados históricos o el nombramiento de nuevos gobernadores, parecían signos de advenimiento de un nuevo régimen. Sin embargo, la ausencia de reformas dio paso muy pronto a la confirmación de que el control seguía estando en la vieja guardia del *Majzén*, reproduciendo un sistema de intereses creados que sólo sirven para neutralizar las competencias de los diferentes actores y preservar el poder.²¹ Los principios proclamados en los discursos reales, como el nuevo concepto de autoridad o la moralización de la vida pública, tienen por tanto una difícil aplicación en la práctica.

El posterior nombramiento por el rey del primer ministro Driss Jettou, tras las elecciones legislativas de 2002 (prescindiendo de la mayoría resultante de las urnas y saltándose un principio implícito de la reforma constitucional de 1996), fue una confirmación del mismo concepto de poder, marcado por una monarquía que determina el puesto y el rango que ocupan los actores políticos.

El reinado de Mohamed VI ha estado también salpicado de una continua tensión con las fuerzas más activas de la sociedad civil, en la que siempre ha asomado la sombra de los elementos más represivos del régimen, cuyos órganos de seguridad llevan marcada la impronta pretoriana. Así, la prometedora apertura del expediente de los desaparecidos y víctimas de los “años de plomo” y su auténtica resolución,²² han derivado hacia un informe que recomienda al rey la creación de una comisión de equidad y reconciliación. Este texto que ya ha sido duramente criticado por una figura tan intachable en la materia como el abogado Abderrahim Berrada. El acto de entrega de dicho informe al rey por parte de Omar Azziman y Driss Benzekri,²³ presidente y secretario respectivamente de la Comisión Consultiva de Derechos Humanos, ilustra perfectamente los mecanismos de cooptación de un régimen que no cambia.

En la misma línea, a una mayor libertad de prensa se ha opuesto la censura de los periódicos independientes y el encarcelamiento de periodistas, como el caso de Ali Lmrabet. El haber sido condenado a tres años de cárcel por ultraje al rey y otros cargos por un aparato judicial cuyo Consejo de la Magistratura preside el monarca, revela una vez más las terribles paradojas del sistema político marroquí.

El régimen, que tampoco ha sido capaz de dotar de credibilidad a la justicia,²⁴ ni de acometer una verdadera reforma del sistema educativo, se enfrenta a una

²⁰ Sobre la situación del Sáhara Occidental ver en este mismo número de *Papeles de Cuestiones Internacionales* Javier Ludeña, “El Plan Baker II: ¿solución para el Sáhara Occidental?”, p. 121-127.

²¹ Abdeslam Maghraoui, “Autoridad política en crisis: ¿hasta dónde llegan las reformas en Marruecos?”. *Papeles de Cuestiones Internacionales*, primavera 2001, Nº 74.

²² Etapa que abarca aproximadamente dos décadas, desde finales de los años sesenta a los ochenta, en la que se produjeron desapariciones forzadas (el FIDH calcula entre 600 y 3.000) y numerosas violaciones de derechos humanos (la Comisión de Arbitraje creada para fijar las indemnizaciones, en 1999, recibió unas 6.000 solicitudes por parte de las víctimas o sus familiares).

²³ Driss Benzekri es ex-presidente del Foro Verdad y Justicia, asociación creada por las víctimas de los “años de plomo” y sus familiares.

²⁴ Varios escándalos de corrupción de alto nivel (entre ellos los de la Seguridad Social y el Crédito Inmobiliario Hotelero) parecen sepultados bajo el peso del *Majzén*.

juventud ansiosa por emigrar y completamente desmotivada a nivel político. La represión violenta de las manifestaciones de los licenciados en paro no contribuye a mejorar las cosas. Por otro lado, las derivaciones del cultivo del cannabis,²⁵ con una extensa red de narcotráfico en el norte del país (que ha dado lugar a la reciente detención de seis magistrados y cinco miembros relevantes de las Fuerzas Armadas y de la Gendarmería, entre otros), amenazan con ser una gangrena para el Estado.²⁶

Uno de los resultados de esta política es que gobernantes y gobernados terminan separados por la misma distancia que cubre las desigualdades sociales y que, en cifras del Banco Mundial, se traducen en 4 millones de marroquíes (de una población de 30 millones) viviendo en chabolas, 6 millones con menos de 1 dólar al día para sobrevivir y 12 millones “económicamente vulnerables”. Mientras que el 20% más rico dispone del 55,4% de los ingresos nacionales.

Los nuevos actores

El movimiento asociativo, en continua maduración, se viene erigiendo desde hace tiempo como uno de los baluartes para el futuro de Marruecos. Las políticas sociales puestas en marcha a raíz de los atentados reforzarán inevitablemente el papel de la sociedad civil, triste manifiesto de veinte años mal empleados desde que el Programa de Ajuste Estructural del Fondo Monetario Internacional obligó a Hassan II a apoyarse en la sociedad civil para suplir la incapacidad del Estado en materia de desarrollo.

Marruecos es un país en el que la competencia económica se convierte en recurso y argumento político, y en el que el sector privado está profundamente anclado en la estela del *Majzén*.²⁷ En este contexto cabe preguntarse si la generación de jóvenes tecnócratas, que durante la década de 1990 asumieron las riendas de las grandes empresas públicas y privadas, puede ser una apuesta de futuro que progresivamente desbanque a unas elites sin proyecto, con un doble lenguaje, profundamente antiliberales y sin ningún ánimo democrático.²⁸ Por el momento, lo único que se puede constatar es que hay una elite que, aunque todavía difusa y en proceso de gestación, emerge progresivamente. Un elenco de empresarios y profesionales liberales ha tomado mayor conciencia al respecto y ha empezado a reaccionar después de los atentados del 16 de mayo, decididos a poner sus medios y capacidades al servicio del desarrollo y de la configuración de una auténtica ciudadanía.

²⁵ Según Pierre Vermeren, los ingresos del tráfico de hachís podrían representar entre una cuarta y una tercera parte del PIB (entre 8.000 y 10.000 millones de dólares). Pierre Vermeren, *Marruecos en Transición*, Almed, 2002, p. 268.

²⁶ Bernabé López García, “Ali Lmrabet, preso de opinión en la prisión de Salé”, *El País*, 6 de octubre de 2003.

²⁷ Myriam Catusse, “Actores privados, acción pública. La patronal y la política en Marruecos”, *La sociedad civil en Marruecos*, Icaria, Barcelona, 2002.

²⁸ Ali Benhaddou, “Maroc, les élites du royaume”, *L’Harmattan*, 1997, p. 85.

Por último, es notoria la progresiva consolidación de la prensa independiente —fundamento de un Estado democrático— que bate records de ventas. Semanarios como *Le Journal*, su versión en árabe *Assahifa*, *Tel Quel* o *El Ayan*, también en árabe, son sus máximos exponentes. Otro semanario, *Demain* (y su versión árabe, *Doumain*), de Ali Lmrabet, con primeros puestos en ventas, no podrá ejercer libremente su sentido del humor, al menos durante algún tiempo.

Estas publicaciones convidan a la población marroquí a una nueva mirada sobre asuntos sociales hasta hace poco proscritos (como la prostitución, el sida, la explotación de niñas en el servicio doméstico o las madres solteras) y traspasan las denominadas líneas rojas. Ejemplo de ello, en una cuestión esencial para el futuro democrático de Marruecos,²⁹ es la última portada del semanario *Tel Quel*, que celebra su número 100 con un reportaje sobre el Sáhara, consignando la enorme decepción de la población saharauí de la zona y refiriéndose a los desperfectos ocasionados por el régimen de Hasan II y Basri.

La apuesta por los actores emergentes

En el complejo escenario marroquí, hay actores que disponen de más tiempo que otros. Los islamistas, el movimiento asociativo y la prensa independiente parecen tener el tiempo a su favor, mientras que el Palacio, el *Majzén* y los partidos políticos deberían estar más apremiados. Por el momento, los únicos actores políticos que tienen capacidad para formular un proyecto de sociedad, cada uno en su ámbito, son el rey y los islamistas.

Pese a todos sus problemas, sería injusto no valorar los cambios positivos que ha experimentado Marruecos durante los últimos años. Algunos ya señalados, como una mayor libertad de prensa o la gran labor del movimiento asociativo, llevan en su germen buenos augurios para el futuro.

Otros posibles cambios dependerán del apoyo que la monarquía recabe, con todas las limitaciones y turbulencias del sistema, de los actores progresistas emergentes. Y, de esta forma, maniobrar, como lo ha hecho con la reforma de la *mudawana*, hacia mayores cotas de liberalización, a la vez que activa los resortes necesarios para la imprescindible recomposición de los partidos políticos e incorpora a los islamistas que demuestren aptitudes democráticas.

²⁸ Bernabé López García, "Marruecos en trance", *Política Exterior*, p.174.